

Pasado remoto



Navegantes atlánticos precolombinos

Por Arturo Gómez

Cinco veces encendido y otras tantas apagado se había la luz debajo de la luna desde que entramos en aquel gran mar, cuando apareció una montaña oscurecida por la distancia, la cual me pareció la más alta de cuantas había visto hasta entonces.

Odiseo en *Inferno*, XXVI, 130-135

Que el Atlántico fue surcado antes de que lo hicieran las carabelas de Colón es uno de esos temas cíclicos que la Historia periódicamente recrea. Esta vez dos recientes publicaciones de nuestra universidad lo ponen nuevamente en boga, colocando al mismo tiempo en trance de naufragio la tesis —bastante difundida en épocas recientes— de que el tenebroso mar de los sargazos fue siempre una barrera infranqueable para las comunicaciones humanas entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Don Juan Comas nos da en *Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América: caucasoides y negroides*,* un breve y excelente trabajo de investigación basado en el análisis crítico de la bibliografía con que al respecto se cuenta. El autor empieza por considerar solamente los posibles contactos europeo-norteamericanos en el remoto pasado prehistórico, esto es, no se refiere a los viajes vikingos en los siglos inmediatamente anteriores a Colón, cuya realidad es indiscutible, aunque por su carácter de “ida y vuelta” sabemos que no afectaron el desarrollo de culturas americanas. Comas insiste (lo ha venido señalando desde 1957 en su *Manual de Antropología Física*) en la presencia de un grupo caucasoides procedente del suroeste de Europa que en épocas prehistóricas pudo haber servido de base en la formación del indio del noreste americano, esto, naturalmente, sin contradecir o poner en duda la indiscutible realidad de las migraciones mongoloides procedentes de Asia. Este grupo caucasoides llegado a las costas atlánticas de Norteamérica, que alguien denominó *Homo sapiens atlanticus* y que está emparentado con el tipo Cro-Magnon del paleolítico superior en el suroeste europeo (al que se considera como remoto pariente cercano del hombre actual y del que los manuales de antropología destacan su amplia distribución por el Viejo Mundo y su extraordinaria capacidad para adaptarse aún a los climas más extremos), debió arribar a playas norteamericanas navegando por el Atlántico septentrional con

la ayuda de las corrientes marinas y vientos que lo cruzan y siguiendo la cadena de tierras que se extiende desde Escocia hasta el Labrador, a bordo de primitivos navíos de los que incluso existen representaciones en sus santuarios rupestres.

En la segunda parte se considera y rechaza la posibilidad de que negros africanos pudieran haber arribado a América antes de que los conquistadores descubrieran su extraordinaria capacidad para suplir a los indígenas “en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas”. A pesar de que repetidas veces se ha señalado la presencia de elementos negroides precolombinos, éstos no bastan —hasta ahora— para afirmar que la raza negra africana haya estado presente en el desarrollo que tuvo lugar en el Nuevo Mundo. Es verdad que los cronistas y conquistadores hablan de negros en las tierras que descubrieron; sin embargo sus relatos están teñidos de los terrores medievales que los hacían pensar en el oscurecimiento de la piel por efecto de los rayos solares ecuatoriales. Las colosales cabezas olmecas en las que casi todo mundo ha visto rasgos negros tampoco son argumento suficiente, ni tampoco los resultados de exámenes que en restos óseos se han hecho. Las Islas Canarias —concluye el autor— no parecen haber sido el pretendido puente entre África y América de algún grupo de raza negra.

Santiago Genovés** relata sus experiencias y observaciones y recoge datos de diversas disciplinas en torno a los objetivos perseguidos, resultados alcanzados e interrogantes planteadas por las expediciones *Ra* que en balsas de papiro construidas de acuerdo a representaciones egipcias y mesopotámicas cruzaron el Atlántico, de las costas de Marruecos a las de Barbados, llevadas por las corrientes y vientos ecuatoriales en reciente experimento. Se describen técnicas de construcción de balsas de papiro y el comportamiento de éstas en alta mar, algunos datos históricos sobre el uso del papiro en la antigüedad y representaciones de tales naves en Europa, América y Polinesia. Una buena parte del estudio está dedicada a un heterogéneo conjunto de lo que el autor llama interrogantes o hechos inexplicados o mal entendidos, de orden arqueológico, histórico y antropológico, que de alguna manera relacionan a América con las grandes civilizaciones del Viejo Mundo. Entre otros se menciona la construcción de pirámides en Mesopotamia, Egipto, Perú y México; características mediterráneas y negroides en algunas figurillas de cerámica mesoamericanas; la piedra de Paraíba en Brasil con inscripciones fenicias que datan de unos cuantos siglos antes de Cristo; y la tradición americana del Quetzalcóatl blanco llegado por mar que trajo consigo la cultura. Para Genovés no tiene tanta importancia el *décalage* cronológico entre el florecimiento de las culturas americanas y el de las del otro lado del Atlántico. Destaca el papel de los fenicios que “integran y transmiten cultura de pueblos anteriores a su propio florecimiento” en el área perimediterránea

y aun más allá de las columnas de Hércules en la época en que en América empiezan a gestarse los grandes imperios. Un interesante cuadro hecho en colaboración con P. Bosch-Gimpera y C. Navarrete muestra los desarrollos culturales comparados en las áreas perimediterránea (incluida Mesopotamia), andina y mesoamericana.

Una segunda parte se ocupa de aspectos de antropología biológica derivados del experimento y de la contaminación oceánica que recuerdan los temores de los navegantes antiguos desde que Zeus condenó al hermano Prometeo a sostener al anchuroso Urano en las extremidades de la Tierra, hacia el que alguna vez fue mar de los sargazos y ahora parece ser de los desperdicios.

Concluye el ensayo con cuadros y diagramas del comportamiento humano entre la tripulación de la balsa en alta mar y en condiciones difíciles, de los que se desprende la importancia del experimento dirigido y concebido por Thor Heyerdahl en el sentido de una pacífica convivencia entre hombres de credos y nacionalidades diferentes. Conclusiones que suenan saludables en esta época en que (como en todas, parece) surgen y desaparecen naciones en medio de espantosas hecatombes.

No hace mucho tiempo apareció publicado simultáneamente, o casi, en varios idiomas europeos el libro en que Heyerdahl relata cómo surgió en su mente y llevó a cabo la idea de cruzar el Atlántico en una barca de papiro.*** Después de haber realizado amplias investigaciones en la isla de Pascua, ya con una larga experiencia en estudios del Pacífico, relacionó el uso de naves de papiro con construcciones megalíticas en Polinesia, América y el Mediterráneo. El manejo de la historia antigua en estas tres vastas áreas proporciona al autor una visión muy completa y aunque su libro (magníficamente ilustrado, por cierto) es básicamente un relato de las expediciones *Ra*, nos trasmite la amplia información que el autor domina y que ha hecho de él —tanto en la teoría como en la práctica— uno de los grandes expertos en navegación antigua.

Heyerdahl advierte que esta vez su método ha sido a la inversa del que empleó hace veinticinco años para cruzar el Pacífico desde las playas del Perú hasta un remoto archipiélago polinesio en una balsa de troncos. Cuando decidió construir *Kon-Ti-Ki* contaba con suficientes datos para probar qué elementos culturales fueron llevados de América a las islas del Mar del Sur de esa manera. En el caso de la *Ra* no tenía pruebas concluyentes de que los egipcios pudieran haber transportado su civilización hasta América, pero tampoco las tenía en sentido contrario. Sus investigaciones sobre sitios en que alguna vez se construyeron o siguen construyendo naves de papiro o *totoras* lo llevaron de la isla de Pascua, al lago Titicaca en Bolivia, entre los indios seris de la costa de Sonora, donde probablemente vio la última embarcación de este material construida en México (alguna vez, según J. Eric Thompson, se usaron estas

* Juan Comas: *Hipótesis trasatlánticas sobre el poblamiento de América: caucasoides y negroides*, México, UNAM, 1972. 36 p., ils. (Instituto de Investigaciones Históricas. Cuadernos. Serie Antropológica, 26)

** Santiago Genovés: *Ra. Una balsa de papyrus a través del Atlántico*, México, UNAM, 1972. 90 p., ils., gráf. (Instituto de Investigaciones Históricas. Cuadernos. Serie Antropológica, 25)

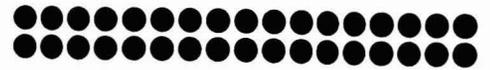
*** Thor Heyerdahl: *The Ra Expeditions*, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1971. 334 p. 110 ils., map.

naves en lagos de cuando menos ocho estados de la República), en lagos del centro de Africa (Chad) y Etiopía (Zwai), en las fuentes del Nilo (lago Tana), en Cerdeña, en el Mediterráneo y en los puertos fenicios de Safi y Luxus en las costas de Marruecos. Algunos de estos lugares comparten otro rasgo que es también distintivo entre las civilizaciones egipcia y mesopotámica: pirámides de piedra o adobe y construcciones megalíticas erigidas por adoradores del Sol en sitios como Tiahuanaco a orillas del Titicaca y en las costas desérticas del Perú ("existió alguna forma de contacto entre los portadores de cultura de la costa norte de Perú y los constructores de pirámides del antiguo México") y Palenque en México con una cámara mortuoria idéntica a las que se hacían en las pirámides de Egipto (pirámides y barcas de papiro son sólo dos de las sesenta similitudes culturales entre el antiguo Perú, Egipto y el Mediterráneo oriental que han sido reunidas por un antropólogo norteamericano). Las reflexiones de Heyerdahl al respecto son sugestivas, si los mayas heredaron de los olmecas el calendario y la escritura, pudo ser posible que por la costa del Golfo de México —que es precisamente lo que las tradiciones aborígenes narran— se iniciara el proceso que culminaría con la creación de las brillantes civilizaciones mesoamericanas y las no menos espectaculares del área andina.

Hasta ahora Heyerdahl ha probado que una barca de papiro construida tal y como se hacía en la antigüedad en Egipto y Mesopotamia puede cruzar el Atlántico con relativa facilidad; ahora, según declara, está dedicado a reunir las pruebas que le permitan demostrar que este hecho en realidad tuvo lugar y que sus consecuencias en la génesis de las civilizaciones americanas, lógicamente, fueron definitivas.

Vistas con criterio estrecho o simplista las proposiciones de Heyerdahl pueden parecer aventuradas o poco probables; si se consideran, en cambio, en un panorama más vasto, son más factibles y no deben desecharse *a priori*. Si un grupo de cromagones pudo atravesar el Atlántico en la prehistoria y unos siglos antes de Cristo los fenicios desembarcaron en Brasil y los vikingos lo hicieron en las costas atlánticas de Norteamérica unas cuantas centurias antes de que Colón abriera las puertas del Nuevo Mundo para los hombres del Renacimiento, bien pudieron llegar a América por el Atlántico medio las ingeniosas barcas de papiro de inspiración egipcia. Conviene más considerar estas cuestiones, me parece, como parte de un vasto proceso irreversible en que oleadas humanas cubrieron la superficie del globo llevadas por un incontenible avance dentro de un Universo en cuya trama —dice Teilhard— el hombre está íntimamente comprometido.

Filosofía



Orden y progreso

Por Juan Garzón Bates

La filosofía no es ni virgen ni pura. Toda filosofía, a pesar de sus pretensiones de verdad eterna, muestra tarde o temprano su dependencia de estructuras sociales e intereses políticos. Que apoye aquella pretensión en la revelación divina o en la mitología surgida de las ciencias naturales, es muestra de su pertenencia a una época teológica o a un mundo tecnocrático. El filósofo abstracto, sin embargo, a nada teme tanto como a verse reflejado en el espejo de su posición política. Tal parece que todas sus ilusiones se hacen añicos, que la más cara idea de sí mismo se distorsiona cuando contrasta su imagen ilusoria con su imagen real. Cuando una filosofía y un mundo se corresponden, al grado que los hombres de una sociedad se reconocen en una tendencia filosófica, resulta difícil romper la ilusión, pues aquellos hombres aman la imagen que ésta les proporciona y gustan ver su mundo presentado como eterno y justificado. Pero cuando la sociedad no puede contemplarse en una filosofía, porque ésta no es su imagen reflejada sino el modelo propagandístico que se le quiere imponer y con el que se le pretende fascinar, el sofisma de la independencia de una filosofía respecto a la situación social aparece claramente, incluso en las expresiones de los mejores representantes de dicha filosofía.

Una tendencia del pensamiento contemporáneo, de gran éxito en los países de alto desarrollo técnico, es la surgida de algunas expresiones del filósofo alemán F. Brentano y de una peculiar interpretación de la filosofía de Husserl, consolidada como escuela en el Círculo de Viena y desarrollada hoy, con variados matices, como "filosofía científica", o "filosofía en sentido estricto", "filosofía crítica" o, finalmente, "filosofía analítica". Caracterizada fundamentalmente por su apego a los métodos y criterios de las ciencias naturales, o al menos por la pretensión de alcanzar el mismo tipo de rigor que éstas, es la expresión más acabada del universo tecnológico. En México, esta tendencia se encuentra representada por pensadores de indiscutible nivel intelectual. En un libro publicado recientemente* Fernando Salmerón se encarga de mostrar la fuerza y la debilidad de dicha corriente del pensamiento contemporáneo, y muestra contradicciones en las que, necesariamente,

* Fernando Salmerón: *La filosofía y las actitudes morales*. México, Siglo XXI, 1971. 173 pp.

